

Del Verein Vorwärts al debate con los colectivistas: aportes para una interpretación de conjunto de las dos primeras décadas del socialismo argentino.

Lucas Poy.

Cita:

Lucas Poy (2013). *Del Verein Vorwärts al debate con los colectivistas: aportes para una interpretación de conjunto de las dos primeras décadas del socialismo argentino*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/667>



XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 79

Título de la Mesa Temática: Historia de la izquierda en la Argentina: política, sociedad e ideas
(1880-1960)

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Hernán Camarero y Carlos Herrera

**DEL VEREIN VORWÄRTS AL DEBATE CON LOS COLECTIVISTAS: APUNTES
PARA UNA INTERPRETACIÓN DE CONJUNTO DE LAS PRIMERAS DOS DÉCADAS
DEL SOCIALISMO ARGENTINO (1882-1900)**

Lucas Poy

IIGG-UBA-CONICET

lucaspoy@gmail.com

El presente trabajo busca proveer una interpretación global de lo que puede llamarse la “prehistoria” del socialismo argentino: es decir el complejo proceso, de más de una década, que precedió a la constitución formal del partido en el año 1896. La intención es aportar a un análisis del fenómeno que supere las limitaciones de una historiografía previa limitada por lo general a una historia institucional o a una discusión más vinculada a la historia intelectual sobre la recepción del marxismo en el país. En ese sentido, a partir de los avances realizados en nuestra investigación doctoral, se busca analizar la etapa constitutiva del Partido Socialista en relación con el proceso de formación de la clase obrera que se desarrollaba al mismo tiempo.

La primera generación del socialismo local: entre *Vorwärts* y *El Obrero*

Si los primeros introductores del marxismo en la Argentina fueron, a comienzos de la década de 1870, un conjunto de militantes franceses entre los cuales se contaban exiliados de la Comuna de París, fue recién después de 1880 cuando puede encontrarse el punto de inicio de una actividad política que ya no perdería el hilo de continuidad. Quienes tomaron un rol protagónico en esta nueva etapa fueron un núcleo de exiliados socialdemócratas alemanes que crearon el *Verein Vorwärts* (Asociación “Adelante”) en 1882. El 2 de octubre de 1886 el grupo comenzó a editar un periódico semanal, llamado *Vorwärts. Organ für die Interessen des arbeitenden Volkes* [Adelante. Órgano para la defensa de los intereses del pueblo trabajador], del cual aparecerían 696 números hasta su desaparición en marzo de 1901.

En los primeros años la actividad del Verein giró fundamentalmente en torno a la propia comunidad de inmigrantes alemanes, a través de la realización de reuniones, charlas y otras actividades sociales y recreativas: tal como señala Ricardo Falcón, el Verein se definía en primer término como un grupo de militantes del partido socialdemócrata alemán en el exilio (2011: 35-36). Hacia fines de la década, de todas formas, el ciclo ascendente de la conflictividad obrera permitió al Vorwärts vincularse de un modo más activo con los trabajadores de la ciudad. Los militantes socialistas alemanes intervinieron de modo decidido en los conflictos obreros de los años 1888 y 1889, facilitando su local como punto de reunión de asambleas obreras e incluso actuando en conjunto con militantes de orientación libertaria. Fue en este contexto que encararon de forma exitosa los preparativos de la manifestación del 1° de Mayo de 1890, que les permitió salir de los límites de su actividad previa y convertirse en una referencia para el naciente movimiento obrero (ver Poy, 2010, 2011).

A pesar del éxito del *meeting* del 1° de Mayo de 1890, la continuidad de la actividad no fue sencilla, fundamentalmente porque esa celebración tenía lugar en el contexto del cierre de una primera etapa de conflictividad obrera en la ciudad. Los socialistas encararon este período, no obstante, con el impulso que habían obtenido de la movilización anterior: además de plantear la constitución de la primera Federación obrera, impulsaron la publicación de un periódico semanal en español, que fuese al mismo tiempo el órgano de la naciente Federación y también una herramienta de propaganda de las ideas socialistas. El periódico, titulado *El Obrero*, contó con 88 ediciones, entre el 12 de diciembre de 1890 y el 14 de septiembre de 1892.

Este período estuvo dominado por quien sería una de las figuras más destacadas de la primera etapa del socialismo argentino: Germán Avé-Lallemant, un ingeniero nacido en Lübeck, Alemania, en 1835, que abandonó su país a los 25 años y llegó a Buenos Aires en 1868, luego de un viaje que lo llevó por Europa y Brasil. Al llegar a nuestro país Lallemant se radicó en la provincia de San Luis, donde desarrolló una importante actividad científica y profesional y contrajo matrimonio con una mujer de la elite local. En 1890 Lallemant se trasladó a Buenos Aires y jugó un rol fundamental en la edición de *El Obrero*: si bien en febrero de 1891 retornó a San Luis por motivos laborales, continuó colaborando con el periódico hasta su desaparición en 1892, y escribió también en otras publicaciones, como *El Socialista* y *La Vanguardia*.¹

¹ Además, se convirtió, entre 1894 y 1909, en un corresponsal regular de *Die neue Zeit*, la revista teórica de la socialdemocracia alemana editada por Karl Kautsky en Stuttgart. Ver Poy y Gaido (2011).

Fue a partir de las contribuciones de Lallemand que el socialismo local se planteó por primera vez una interpretación sobre la historia argentina y consideró las tareas y el programa que debía plantearse en el país. En el marco de la grave crisis económica, social y política, el ingeniero alemán consideraba que los principales afectados serían los miembros de la pequeña burguesía, mientras que los trabajadores no verían modificada su situación, dado que para ellos no regía sino “la ley de hierro de los salarios”. Esto no implicaba, sin embargo, “aconsejar la abstención o la indiferencia de la clase obrera en materia política”. Porque si bien los cambios gubernamentales no modificarían la condición de los trabajadores en tanto clase explotada por el capital, sí podrían crear mejores condiciones para la construcción de un partido de la clase que les permitiese participar en las luchas políticas. En este sentido, la realización del “régimen de la democracia burguesa pura”, con el establecimiento del sufragio universal y, sobre todo, la naturalización de los extranjeros, crearía mejores condiciones para formar “independientemente de todos los partidos burgueses, el partido obrero, y reunir a la clase proletaria diseminada en las diversas fracciones políticas”. A partir de esta perspectiva, *El Obrero* saludaba como un paso positivo el movimiento de la Unión Cívica.²

Siguiendo el camino trazado en una serie de artículos publicados pocos meses antes en el semanario *Vorwärts*,³ en los primeros números de *El Obrero* Lallemand desarrolló por otra parte el primer intento de interpretación de la sociedad y la economía argentinas con las herramientas teóricas del marxismo. Allí desarrollaba una crítica muy fuerte a la clase de los estancieros y latifundistas, “verdadera desgracia para el país”, pero defendiendo al mismo tiempo la necesidad del latifundio y oponiéndose en todo momento a la división de la tierra en pequeñas parcelas. Lallemand se manifestaba como un firme defensor de la agricultura, y su principal crítica a los hacendados era, precisamente, que priorizaban la ganadería y dejaban a aquélla en manos de chacareros y colonos. Para Lallemand, el problema con los grandes hacendados no era el hecho de que contaran con grandes extensiones de tierra sino su actitud “derrochadora”, su ausentismo y su escasa propensión a la inversión.

Además de sus intervenciones en torno al problema agrario o a la caracterización de la formación social argentina, Lallemand desarrolló en *El Obrero* una fuerte delimitación política con el anarquismo: el punto común de unos y otros planteos era su convicción en la necesidad de

² “El proletariado y la crisis económico-política”, *El Obrero*, núm. 1, 12 de diciembre de 1890.

³ Germán Avé Lallemand, “Beiträge zu einer Kulturgeschichte Argentiniens: Historische Studie von G.A.L.,” *Vorwärts* núm. 174, 26 de abril de 1890, núm. 176, 10 de mayo de 1890, y núm. 177, 17 de mayo de 1890.

basar la acción política en una interpretación materialista de la situación del país. En efecto, según Lallemand, la principal diferencia entre socialistas y anarquistas era el “voluntarismo” de los segundos: mientras que los marxistas desarrollaban una estrategia basada en su conocimiento científico de la realidad, los anarquistas volvían en realidad a los planteos del socialismo utópico, en tanto sus “proyectos de redención social” no tomaban en cuenta los hechos y se basaban en un “dogma de justicia eterna” que los marxistas no podían sino rechazar.⁴ La contradicción entre la necesidad de evitar el “voluntarismo” y la importancia de intervenir en la actividad política era resuelta por Lallemand con el planteo de la necesidad “moral” de participar en la lucha política para acelerar el ritmo de un desarrollo que estaba determinado por las leyes de la evolución social.⁵

Dado que sus objetivos eran “la abolición de las clases sociales y la igualdad de todos los hombres ante los medios de desarrollo y de acción”, la socialdemocracia debía ser considerada, según Lallemand, como un movimiento revolucionario. Esto no implicaba, sin embargo, una táctica que llevase a la toma violenta del poder estatal y el derrocamiento de la burguesía. El carácter científico de la doctrina, según Lallemand, hacía posible llevar adelante una revolución que transformase el régimen político, económico y social sin ningún tipo de violencia o “brutalidad”. Las consecuencias prácticas de esta delimitación política eran claras: Lallemand planteaba que no había posibilidad de pensar en una cooperación el anarquismo, en tanto éste había “prestado una poderosísima arma a los gobiernos de la burguesía, para poner en juego toda clase de medidas violentas”.⁶

En suma, con la publicación de *El Obrero* y fundamentalmente gracias a los aportes de Lallemand, el socialismo local desarrolló en esos primeros años de la década de 1890 un importante salto teórico y político. Estos avances, de todos modos, tenían lugar en un cuadro marcado por las dificultades para mantener una organización estable y pronto surgieron los debates internos. En efecto, si la polémica entre *El Obrero* y los anarquistas alcanzó su punto más alto en las semanas previas al acto del 1° de Mayo de 1891, poco después comenzaría a ponerse de manifiesto la crisis dentro del propio campo de los socialistas alemanes, que hasta entonces habían actuado de manera unificada.

⁴ “El socialismo científico y el anarquismo”, *El Obrero*, núm. 4, 17 de enero de 1891.

⁵ “Nuestra táctica”, *El Obrero*, núm. 20, 9 de mayo de 1891.

⁶ “Contra el anarquismo”, *El Obrero*, núms. 13 y 14, 21 y 28 de agosto de 1891.

El 24 de mayo de 1891 el *Verein Vorwärts* anunció su separación de la Federación, aunque la polémica abierta se inició un par de meses más tarde, con motivo de la realización del primer congreso. Para el *Vorwärts*, no estaban dadas las condiciones para la creación de una Federación obrera, debido a la situación de la clase trabajadora local.⁷ Sostenían que Argentina no era todavía “un Estado puramente capitalista” y que en consecuencia no podían todavía “estar presentes las consecuencias que acarrea un Estado puramente capitalista”. Para el *Vorwärts*, por lo tanto, *El Obrero* pecaba de voluntarismo, incapaz de entender que “el socialismo no se importa, no se fabrica, como tampoco se fabrica la revolución social”.⁸

Si bien admitía la existencia de dificultades, el grupo editor de *El Obrero*, en la pluma de Lallemand, defendía el trabajo realizado y consideraba que, planteadas las cosas en términos de un análisis materialista, no cabía duda de que en la Argentina estaban dadas las condiciones para la organización de un movimiento socialista.⁹ La profundización de la crisis económica llevaría, sin embargo, a la desaparición de *El Obrero* en septiembre de 1892. En la práctica, la Federación ya no existía; sólo la mantenía en pie el esfuerzo de los militantes de la llamada Sección Varia, cuyos miembros eran, prácticamente en su totalidad, socialistas. En diciembre la Federación se declaró disuelta y los militantes agrupados en la Sección Varia decidieron, por mayoría, transformarse en la Agrupación Socialista de Buenos Aires. Un grupo minoritario, cuyos principales referentes eran el alemán Gustav Nohke y el español Esteban Jiménez, se opuso a la decisión y defendió durante algunos meses la necesidad de continuar con la organización de una federación obrera.

Una nueva etapa: *La Vanguardia* y la delimitación con el radicalismo

1893 marcó el punto más agudo de la dispersión de las nacientes fuerzas socialistas, debilitadas y disgregadas en diversos grupos, carentes además de un órgano de publicidad en español, pero representa al mismo tiempo el punto de transición hacia una nueva etapa. Mientras en el período anterior ocuparon un lugar predominante los socialistas alemanes, en el período

⁷ “Zur Klärung!”, *Vorwärts*, núm. 242, 22 de agosto de 1891.

⁸ “Die Arbeiterbewegung in Argentinien”, *Vorwärts*, núm. 265, 30 de enero de 1892.

⁹ “La obra de propaganda de la Federación Obrera y el *Vorwärts*,” *El Obrero*, núm. 54, 30 de enero de 1892. “Betrachtungen über den Ersten Argentinischen Arbeiterkongress,” *Vorwärts*, núm. 252, 31 de octubre de 1891.

que se abre hacia mediados de la década observamos que tomará el relevo una nueva generación de militantes, en la cual tendrán un papel más destacado un conjunto de jóvenes universitarios de origen argentino, y que será un nuevo periódico, titulado *La Vanguardia*, el que se convertirá en el punto de referencia del desarrollo partidario.

El proceso de “convergencia y potenciación recíproca entre distintos grupos” que llevó a la constitución del Partido (Tarcus, 2007) no implicó solo al Vorwärts y a la Agrupación Socialista, luego convertida en Centro Socialista Obrero, sino también a Les Egaux y el Fascio dei Lavoratori, dos nuevos grupos que surgieron en ese contexto con el objetivo de organizar a los militantes socialistas de origen francés e italiano, y un conjunto de nuevos centros socialistas que comenzaron a abrirse en distintas localidades de la ciudad y sus alrededores. Se trató, por otra parte, de un proceso marcado por diferentes polémicas y tensiones internas. Una cuestión fundamental, que en realidad era condición de todas las restantes discusiones, era la de determinar si estaban dadas, en la Argentina de comienzos de la década de 1890, las condiciones para agrupar a los trabajadores en una organización socialista independiente, separada de otros movimientos políticos. En buena medida, el problema se planteó en términos de la posición a adoptar frente al radicalismo: la discusión estaba cruzada no solo por la valoración que se hiciera del partido radical sino por la caracterización que se trazara del grado de desarrollo del capitalismo en el país y, en relación con ello, de su proletariado.

En el marco de la crisis de la primera Federación obrera, que coincidió con un reflujo de la agitación obrera y un contexto de fuerte protagonismo de la Unión Cívica Radical —que llevó adelante un conjunto de insurrecciones armadas en 1893— se planteó incluso de manera explícita la posibilidad de que los socialistas actuaran en el seno del propio radicalismo en lugar de avanzar en la estructuración de una organización socialista independiente. En mayo de 1893, por ejemplo, el diario *La Prensa* informaba que una reunión de socialistas había debatido y aprobado por unanimidad que en adelante “todos los miembros del partido concurrirían a las reuniones del Partido Radical, para influenciar en dichos centros el sufragio universal y propagar la naturalización de los extranjeros, facilitando así la representación de la clase obrera ante los poderes públicos, como en los países de Europa”.¹⁰

Uno de los principales defensores de la necesidad de trabajar en conjunto con el radicalismo era precisamente Lallemand, quien profundizó muchas de las caracterizaciones que había

¹⁰ “Reunión socialista”, *La Prensa*, 16 de mayo de 1893.

elaborado en el período anterior. En julio de 1894, todavía podía leerse en las páginas de *La Vanguardia* un artículo salido de su pluma, que planteaba que el radicalismo era “el elemento revolucionario en la República Argentina, nacido de la crisis económica, y encargado de transformar nuestras instituciones políticas en formas estrictamente ajustadas a los intereses capitalistas”. El artículo concluía que “la democracia realizada por los radicales” aseguraría a los socialistas el derecho de coalición, la libertad de prensa y el sufragio universal, es decir aquello que necesitaban para poder desenvolver su lucha en mejores condiciones.¹¹

Estas posiciones, sin embargo, no eran las dominantes en el grupo editor de *La Vanguardia*. El 16 de febrero de 1895, un editorial publicado en ocasión de un importante triunfo obtenido por el radicalismo en las elecciones legislativas de la capital, planteaba que el programa de la UCR se reducía “a un cúmulo de palabras huecas y sonoras que no dicen nada como principios ni como fines determinados para el mejoramiento de la clase trabajadora” y que se trataba de un partido que no estaba dispuesto a aplicar ninguna de las medidas que necesitaban los trabajadores. La conclusión era clara: los obreros debían agruparse en un partido independiente, e “ir a la lucha política para llevar al Congreso no a diputados que solo aceptan cobrar sus dietas y pasar su tiempo en los hipódromos, garitos o en negocios clandestinos” sino a “genuinos representantes” que fueran capaces de desarrollar su programa.¹²

El editorial motivó una respuesta de Lallemand, publicada el 9 de marzo. La base de su argumento era considerar que existía una correlación directa entre el grado de desarrollo histórico del país —que correctamente caracterizaba como más atrasado que las metrópolis europeas con las cuales lo comparaba— y las fuerzas políticas que debían impulsar el progreso en cada uno de esos estadios. Caracterizaba que la Argentina se encontraba atravesando “la fase histórica por la cual los Estados europeos en su evolución económica y política han pasado ahora unos 50 u 80 años atrás”, y en ese cuadro el radicalismo aparecía como “el factor histórico de que se vale la fuerza de evolución para echar abajo la forma política anticuada que opone una traba muy perjudicial al desenvolvimiento económico y social del país”. Lallemand llegaba a plantear en este punto una autocrítica respecto a la política desarrollada por los socialistas en el período anterior:

Todos hemos errado en cuanto a la marcha sucesiva del desenvolvimiento lógico de la clase obrera en este país. Este desenvolvimiento sigue gradualmente de etapa en etapa con una fatalidad

¹¹ “La situación actual. Crisis, radicalismo y democracia”, *La Vanguardia*, núm. 16, 21 de julio de 1894.

¹² “El radicalismo y la clase obrera”, *La Vanguardia*, año II, núm. 7, 16 de febrero de 1895.

inevitable. No es posible arribar a la cuarta de estas etapas sin haber pasado por la primera, segunda y tercera. No se formarán masas de obreros socialistas, sin que éstas hayan pasado por la escuela democrática, como no se enseñará a un hombre las leyes sociales sin que sepa leer y escribir. (...) No podemos atraernos las grandes masas obreras sin que éstas hayan cumplido su primera misión histórica en las filas del Radicalismo, derramando su sangre en pro de las instituciones democráticas. Después vendrán a nuestro partido.¹³

La respuesta de los redactores de *La Vanguardia* no se hizo esperar y apareció en el número siguiente, con un artículo que contenía, en germen, buena parte de las contradicciones que marcarían al socialismo argentino en su relación con el partido radical. Ocurre que si, por un lado, *La Vanguardia* defendía la necesidad de estructurar un partido de clase independiente en lugar de engrosar las filas radicales, no se concluía que el radicalismo o algún otro partido burgués fuera incapaz de desarrollar las tareas progresistas que consideraban propias. Los editores de *La Vanguardia* aclaraban que de ningún modo podían “negar la teoría de la evolución”, que debía guiar su conducta en todo momento. La alternativa para conciliar ambos aspectos —la posibilidad de fundar un partido socialista independiente y el reconocimiento de que la evolución mostraba a un país en un estadio todavía prematuro de su desarrollo capitalista— era resuelta por la vía de proponer al partido socialista como un “educador” de las masas, capaz de acelerar el ritmo de esa evolución. En uno de los párrafos finales se resumía buena parte de esa vocación “pedagógica” que, tal como ha señalado José Aricó (1999), el socialismo se reservaba para sí mismo respecto a la burguesía argentina y sus partidos:

Para que la burguesía (cualquiera sea el partido que la dirija) implante todas las reformas previas reclamadas por el socialismo, se necesita que los trabajadores la empujen y la obliguen a hacerlo. Y la obtención de esas reformas dará lugar lógicamente a que la clase trabajadora busque y alcance al fin otras más fundamentales que la emancipación por completo del yugo capitalista.¹⁴

Hacia 1896, en cualquier caso, el debate estaba ya virtualmente saldado: la presentación del Partido Socialista en las elecciones legislativas de marzo de ese año, en el contexto de la grave crisis que atravesaba el radicalismo y llevó incluso al suicidio de Alem, mostraba que ya estaba consolidada la posición que reivindicaba la necesidad de intervenir en forma independiente en la arena política. A fines de febrero de 1896, a pocos días de los comicios, un artículo con el inconfundible título de “La debacle radical” caracterizaba que dicho partido, una “aglomeración

¹³ “El radicalismo y la clase obrera”, *La Vanguardia*, año II, núm. 10, 9 de marzo de 1895.

¹⁴ “El partido radical y los socialistas”, *La Vanguardia*, año II, núm. 11, 16 de marzo de 1895.

de sentimentales, demagogos y aventureros políticos”, había podido existir “mientras la perspectiva de una revolución inmediata le daba probabilidades de tener pronto muchos puestos que repartir, y lo obligaba al mismo tiempo a ser de una intransigencia absoluta”. Concluida esa etapa, el radicalismo había entrado en crisis: según *La Vanguardia*, carecía de principios para ser un “partido de principios” y le faltaba “un jefe de autoridad reconocida” para ser un “partido personal”.¹⁵

La pronunciada crisis en que había entrado el partido de Alem hacia mediados de la década llevó incluso a aquellos que habían sostenido una posición favorable a que los socialistas trabajasen al interior del radicalismo a reconsiderar sus posiciones. Un importante artículo publicado por *Vorwärts* en septiembre de 1895, y firmado por “A.L.” (¿Lallemand?) lamentaba “el modo en que el partido radical arruina todas las ocasiones propicias que se le ofrecen” y la forma en que dicho partido “aprovecha cada oportunidad para irritar y ahuyentar a este o a aquel de sus integrantes”. El artículo señalaba que a comienzos de la década “la coyuntura parecía propicia” para un gran desarrollo del radicalismo, en un momento en que había logrado convertirse en un polo de atracción para miles de extranjeros que parecían mostrar por primera vez su intención de participar en política. Los radicales no habían sido capaces, sin embargo, de darse un programa que incluyera la cuestión clave de la naturalización de los extranjeros: el artículo lamentaba que se había “descartado el mejor de los esbozos disponibles, el de los radicales de San Luis”, la provincia en la cual intervenía el propio Lallemand.¹⁶

Debates y tensiones en el proceso de unificación

Si la conclusión de la discusión respecto a la caracterización del radicalismo era la necesidad de avanzar en la organización de los socialistas, la tarea inmediata que se planteaba era la de continuar con la unificación de los diferentes grupos. A comienzos de 1894 la Agrupación Socialista, Les Egaux y el recién fundado Fascio dei Lavoratori acordaron elaborar un programa común que sirviera como base para el proceso de articulación de los distintos grupos y el paso siguiente fue la inauguración de un local que centralizaba buena parte de las actividades de los

¹⁵ “La debacle radical”, *La Vanguardia*, año III, núm. 9, 29 de febrero de 1896.

¹⁶ “Ave Caesar, morituri te salutant”, *Vorwärts*, núm. 450, 7 de septiembre de 1895.

socialistas y permitía estrechar los vínculos de los militantes de la ciudad.¹⁷ Hacia fines de 1894 se avanzó en la realización de reuniones preparatorias y en abril quedó constituido un “comité central” que articulaba a delegados de los diferentes núcleos existentes en la sociedad y conservaba un carácter federativo. Un nuevo paso en el proceso de unificación tuvo lugar el 13 de octubre de 1895, con la realización de una “Convención” que era, en los hechos, un virtual paso previo a un congreso, y tenía el objetivo principal de constituir un “comité ejecutivo” que no estaría ya compuesto por delegados de las distintas asociaciones sino que debía ser electo por el conjunto de los delegados.

Fue en la Convención donde se pusieron de manifiesto las tensiones internas, si bien siempre de manera más o menos velada, que surgían en paralelo al proceso de centralización. El debate se planteó en torno a la cuestión de la nacionalización de los militantes, que era esgrimida por *La Vanguardia* como un paso fundamental para encarar la lucha electoral, en tanto los trabajadores —y sobre todo los militantes y dirigentes socialistas— debían nacionalizarse para poder contar con los derechos políticos. La reivindicación de la nacionalización, de todas formas, encubría también una disputa política: al exigir que la ciudadanía argentina fuera un requisito para poder ser parte de los órganos dirigentes del naciente partido, los militantes del CSO lanzaban un tiro por elevación contra los referentes de otros grupos que no contaban con la ciudadanía argentina y por ende quedaban excluidos, en lo inmediato, de la dirección. La crónica publicada en *La Vanguardia* reseñaba escuetamente que el Fascio dei Lavoratori presentó una moción “para que pudieran formar parte del comité ejecutivo aunque no se tuvieran los derechos políticos”: luego de una discusión, cuyos detalles no eran explicitados en el periódico, el punto fue rechazado.¹⁸

Además de la creación del comité ejecutivo, la Convención de octubre de 1895 decidió que el Partido participase con sus propias listas de las elecciones legislativas de marzo del año siguiente, y el propio proceso de elección de candidatos reavivó los debates internos. Ocurre que el procedimiento elegido por el comité ejecutivo para seleccionar a quienes debían representar al socialismo en las elecciones parlamentarias establecía que las distintas agrupaciones debían mandar una propuesta de cinco precandidatos; luego sería una asamblea general del partido, pero

¹⁷ “El programa del Partido Socialista”, *La Vanguardia*, núm. 4, 1 de mayo de 1894. El local cambió de ubicación varias veces. Instalado inicialmente en Chile 959, luego se mudó a la calle Europa 1971 y después a los bajos de la calle Victoria 1398. Hacia mediados de 1895 ya funcionaban en el mismo local la redacción de *La Vanguardia*, el comité central, el Fascio dei Lavoratori, el Centro Socialista Obrero, el Centro Socialista Universitario, Les Egaux, y las sociedades gremiales de Carpinteros y Toneleros y Hojalateros.

¹⁸ “Convención del Partido Socialista”, *La Vanguardia*, año II, núm. 42, 19 de octubre de 1895.

en la cual solo podrían participar aquellos militantes que contaran con los derechos políticos, la que elegiría los cinco candidatos.¹⁹ Un análisis de los candidatos propuestos por los diferentes centros, por otra parte, permite trazar un cuadro más preciso de las tensiones internas y de los alineamientos de los diferentes referentes. Lo primero que resulta notable es advertir que el Centro Socialista Obrero y el Centro Socialista de Balvanera propusieron exactamente a los mismos nombres: Juan B. Justo, Adrián Patroni, Esteban Giménez, Germán Avé-Lallemant y José Ingenieros. El Centro Socialista de San Bernardo votó casi exactamente igual, con la excepción de Lallemant; en su lugar proponían a Ricardo Cardalda. Tres de esos cinco fueron propuestos también por el Centro Socialista de Pilar, por el Club Vorwärts y por la Agrupación Carlos Marx de los Corrales. El único grupo que votó en forma manifiestamente discordante fue el Centro de Barracas, precisamente el que había protestado por el método de elección: entre sus precandidatos no se encontraba ninguno de los cinco que habían sido propuestos por el Centro Socialista Obrero, y fue la única agrupación que no propuso a Juan B. Justo. Los candidatos propuestos por los delegados de Barracas fueron Francisco Cúneo, Benigno Abriani, Lucio Baldovino y Salvador Lotito (la nómina de *La Vanguardia* menciona solo cuatro). Finalmente, luego de varias votaciones, resultaron electos como candidatos a diputados Juan B. Justo, Germán Avé-Lallemant, Gabriel Abad, Adrián Patroni y Juan Schäfer.²⁰

A pesar del decepcionante resultado obtenido en las elecciones, donde la lista socialista consiguió apenas algunos centenares de votos, la dirección siguió adelante en el proceso de unificación y planteó la necesidad de encarar las tareas organizativas para un definitivo congreso constituyente. Luego de dos años de avances en la articulación de los diferentes grupos, la convocatoria a un congreso representaba la coronación del proceso y debía sellar la constitución del partido como una fuerza organizada en el país.²¹

Como se observa en el gráfico, la fuerza militante de conjunto del socialismo local era aún muy reducida, menor al millar de militantes. El Verein Vorwärts, con 260 socios, aparecía con gran diferencia como el centro con mayor cantidad de afiliados, aunque su intervención en la dinámica interna del partido era ya bastante reducida. Los diversos “centros socialistas”, surgidos en los años anteriores, tenían como puede observarse un número menor de socios pero mostraban

¹⁹ “Una disidencia”, *La Vanguardia*, año III, núm. 6, 8 de febrero de 1896.

²⁰ “Movimiento socialista. La asamblea del domingo. Proclamación de los candidatos del Partido Socialista Obrero Argentino”, *La Vanguardia*, año III, núm. 7, 15 de febrero de 1896.

²¹ *La Vanguardia*, año III, núm. 11, 14 de marzo de 1896.

un desarrollo importante. El dato referido al “total de socios con derecho a ciudadanía” resulta de crucial interés a la luz del conjunto de debates que venimos analizando: se observa cómo la proporción de socios nacionalizados era notablemente inferior en el Verein Vorwärts o en Les Egaux —lamentablemente no hay datos del Fascio dei Lavoratori— que en los “centros socialistas” de más reciente fundación. Pero además es posible advertir que eran muchos más los argentinos o naturalizados en el Centro Socialista Obrero (77%) o en el Centro Socialista Universitario (90%) que en los centros ubicados en los barrios obreros, como el Centro de Barracas (49%) o el de los Corrales (29%). Eran precisamente las agrupaciones que contaban con una mayor proporción de extranjeros las que manifestaban más firmemente su cuestionamiento al requisito de nacionalización impuesto por los dirigentes.²²

Agrupación	Total socios	Total de socios con derechos de ciudadanía	Porcentaje de socios con derechos de ciudadanía	Delegados al Congreso
Vorwärts	260	60	23%	Alwin Kahle, Juan Schaefer, S. Feldman
Centro Socialista Obrero	67	52	77%	Juan B. Justo, Domingo Risso
Centro Socialista Obrero de Barracas al Norte	55	27	49%	Antonino Piñero, Ramón Potau
Centro Socialista Universitario	43	39	90%	José Ingenieros, Nicanor Sarmiento
Centro Socialista de San Bernardo	17	5	29%	Andrés Abella, L. González
Agrupación Carlos Marx de los Corrales	17	5	29%	Antonio Chacón
Centro Socialista del Pilar	36	31	86%	Angel de Janiselli, Vicente Rosáenz
Centro Socialista de Balvanera	s/d	s/d		Santiago Risso, Francisco Dagnino
Centro Socialista de	24	15	62%	José A. Lebrón,

²² “El próximo Congreso”, *La Vanguardia*, año III, núm. 19, 9 de mayo de 1896.

Quilmes				Bottari
La Plata (Tolosa?)	30	16	53%	Alberto Manresa Herrero, Miguel Fondevila
San Antonio de Areco	15			José Piccaluga, Miguel Pizza
San Fernando y Tigre				Carlos Altgelt, Meyer González
Club Vorwärts de Rosario	40	10	25%	N. Frank
Centro Unión Gremial Obrera Socialista (Paraná)	193	103	53%	Adrián Patroni, Antonio Varela
Córdoba	103	38	36%	Leopoldo Lugones, Angel Giménez
Tucumán				Roberto J. Payró
Les Egaux	15	1	7%	Jorge Ballet, Enrique Thull
Fascio dei Lavoratori	No se menciona	No se menciona		Carlos Mauli, Eneas Arienti
Junín	No se menciona	No se menciona		Juan Toulouse

El congreso se realizó los días 28 y 29 de junio, en el salón del club Vorwärts, que era por entonces el local más amplio de que disponían las agrupaciones socialistas.²³ Un lector del siguiente número de *La Vanguardia* podía encontrar un relato de lo acontecido en los dos días de sesiones: luego de la apertura, el proyecto de estatutos fue aprobado en general y luego se discutieron algunos artículos en particular. Luego del receso del mediodía, se debatió el artículo 8º, que permitía al partido realizar alianzas con otras fuerzas políticas, “siempre que se respete íntegro nuestro programa”. Según el informe, el debate sobre este punto insumió más de dos horas y dividió fuertemente a los delegados. Finalmente el artículo fue modificado radicalmente, estableciendo que serían expulsados del partido “las agrupaciones o afiliados que acepten alianzas con los demás partidos”. En la misma jornada se eligió la redacción de *La Vanguardia*, a

²³ “El primer Congreso Socialista Obrero Argentino”, *La Vanguardia*, año III, núm. 27, 4 de julio de 1896.

partir de ahora considerado “órgano oficial del partido”: resultaron electos Patroni, Giménez, Kühn, Nicanor de Sarmiento y Meyer González.

Al día siguiente el congreso continuó discutiendo el programa mínimo, al cual se agregaron una serie de artículos. En el cierre se procedió a elegir el nuevo comité ejecutivo. Resultaron elegidos Hipólito Curet, N. Baldovino, José Ingegnieros, José A. Lebrón, Antonino Piñero, Miguel Pizza y Juan Schäfer, como titulares; Santiago Feldman, Francisco Cúneo y Juan Toulouse, como suplentes. Adrián Patroni, por su parte, fue nombrado “redactor en jefe” de *La Vanguardia*. Si se tiene en cuenta que el comité ejecutivo inmediatamente anterior al congreso estaba integrado por Justo, Lebrón, Patroni, Pizza, Schäfer y Pizza, se observa que el único excluido era precisamente Justo, además de Patroni que de todas formas era designado como editor del periódico. Aunque para los lectores del informe publicado en *La Vanguardia* no era posible advertirlo, debido a que ciertos aspectos cruciales de los debates habían sido soslayados, el congreso había significado en efecto un retroceso para el principal dirigente del socialismo local.

En efecto, si la primera de las discusiones que había dividido a los delegados —en torno a la cuestión de las alianzas con otros partidos— era mencionada en la crónica publicada en el periódico, que mostraba que la posición de Justo había sido derrotada, *La Vanguardia* no hacía referencia a otro debate importante que se desarrolló en el congreso, sobre el tramo final de la declaración de principios. El borrador de la declaración había sido escrito por Justo, y abordaba el problema central de la táctica a seguir por los socialistas, estableciendo como vía principal la parlamentaria. En el congreso, sin embargo, su propuesta fue rebatida por un conjunto de delegados, encabezados por José Ingegnieros y Leopoldo Lugones. Unos y otros estaban de acuerdo en la parte que caracterizaba que “esta revolución, resistida por la clase privilegiada, puede ser llevada a cabo por la fuerza del proletariado organizado”, pero divergían en las frases subsiguientes. La versión de Justo planteaba que “mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos, esa fuerza (la del proletariado organizado) consistirá en la aptitud del pueblo para la acción política y la asociación libre”. La de sus oponentes planteaba, en cambio, que “mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos y los amplíe por medio del sufragio universal, el uso de estos derechos y la organización de resistencia de la clase trabajadora serán los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza”.

También había una divergencia con la frase final de la declaración, que remataba el razonamiento inmediatamente anterior. La propuesta de Justo planteaba que “este es el camino por el cual la clase obrera puede llegar al poder político y el único que la puede preparar para practicar con resultado otro método de acción si las circunstancias se lo imponen”. La enmienda de Ingenieros y Lugones, que resultó aprobada, señalaba que “por este camino el proletariado podrá llegar al poder político, constituirá esa fuerza, y se formará una conciencia de clase, que le servirá para practicar con resultado otro método de acción cuando las circunstancias lo hagan conveniente” (reproducidos en Falcón, 1979).

En suma, si en la segunda mitad de 1895, luego de un período de transición durante el cual Justo no había estado en el país y *La Vanguardia* había debido enfrentar una pequeña crisis luego de la ruptura de Eduardo Gilimón, que era su director, la Convención había representado un avance para las posiciones justistas, poco menos de un año después el congreso constituyente culminaba con un resultado contradictorio. Por un lado permitió consolidar la unificación de los diferentes grupos, dando nacimiento formal al partido con la aprobación de sus estatutos y la realización de un congreso fundacional en regla. Por otro lado, implicó un revés para Justo, quien no logró imponer su versión de declaración de intenciones en los tramos decisivos vinculados a la táctica política, y se vio derrotado también en el debate sobre la cuestión de las alianzas con otros partidos y sobre los derechos partidarios de los extranjeros. Tal como ha señalado Ricardo Falcón (1979, 2011), si bien los alineamientos de los diferentes delegados no siempre fueron similares, en conjunto los temas en debate tenían en común que mostraban una tendencia opositora a las propuestas de Justo, que salió del congreso derrotado y rechazó integrar los organismos de dirección.

Coincidimos con Falcón cuando señala que el debate sobre la cuestión de los derechos políticos en realidad encubría una lucha política más amplia, cuyo origen el autor ubica en el debate sobre el modo de elegir a los candidatos de las elecciones en 1896 pero que, como vimos, puede incluso remontarse al período inmediatamente anterior. La discusión no era puramente teórica o programática, en la medida en que dentro de ciertas agrupaciones del partido la proporción de extranjeros no nacionalizados era muy superior a la de otras. La cuestión no era legal, sino política, porque se estaban creando dos “niveles” de militantes: solo aquellos argentinos o naturalizados estaban en condiciones de establecer la línea política de la organización. En los hechos esta diferenciación implicaba también un cierto corte de clase al

interior del partido, en la medida en que entre los sectores de clase media, estudiantiles y profesionales que se habían acercado al socialismo hacia mediados de la década la proporción de argentinos era mucho mayor a la que existía en las filas obreras.

A modo de conclusión: la consolidación de la “hipótesis de Justo” hacia fines de la década de 1890

En esta ponencia hemos analizado el período formativo del socialismo local en estrecha relación con el salto que conoció el proceso de formación y estructuración de la clase trabajadora. Los socialistas jugaron un papel destacado en ese proceso, en tanto contribuyeron con su actividad política a reforzar una delimitación clasista entre los trabajadores del país. Se trató de una influencia que tuvo lugar en varios niveles: a través de su agitación y su propaganda, en primer término, mediante las cuales los militantes socialistas insistían en poner de relieve el antagonismo de clase que surgía como consecuencia del desarrollo capitalista. Pero también en el plano organizativo, tanto en torno a las sociedades gremiales como a la propia organización política socialista: si, como hemos visto, la cuestión del grado de desarrollo del capitalismo local fue objeto de debates, hacia mediados de la década de 1890 ya se había impuesto entre los socialistas una posición que sostenía que, más allá de los límites del desarrollo económico del país, la delimitación de clase entre el proletariado y la burguesía ya había evolucionado lo suficiente como para plantear la tarea de la organización de los trabajadores en un partido propio.

Si los socialistas contribuyeron con su actividad política a reforzar el proceso de delimitación de una identidad obrera, la aguda conflictividad de este período también impactó, a su turno, en esta naciente corriente política, diseñando así un conjunto de rasgos que caracterizarían al socialismo local por un largo período. En efecto, la fuerte agitación huelguística que recorrió a la ciudad de Buenos Aires a lo largo de estos años llevó a los socialistas a plantearse tempranamente la cuestión de la relación entre la construcción de una organización política y el desarrollo de las organizaciones gremiales. Hacia mediados de la década, ya cobraba fuerza una perspectiva que entendía ambas esferas como diferenciadas: mientras las sociedades y federaciones gremiales debían encarar la lucha reivindicativa, quedaba para el partido la tarea de desenvolver la actividad propiamente política.

Esta diferenciación incluía una distinción en cuanto a la importancia asignada a cada ámbito de actividad. Para los socialistas, en efecto, si las huelgas eran un producto inevitable del desarrollo capitalista, y debían ser no solo defendidas de los ataques patronales sino incluso reivindicadas como un síntoma del avance de una delimitación clasista por parte de los trabajadores, constituían al mismo tiempo un método “arcaico” de la lucha de clases en comparación con la vía política, que era entendida como el método más avanzado. La acción política, que debía constituir “el método regular de lucha de toda clase trabajadora preparada para su emancipación”, era a su vez interpretada siempre como sinónimo de acción legislativa.

Esta caracterización no impidió que los socialistas no jugaran un papel destacado en la llamada “huelga grande” del invierno y la primavera de 1896: la huelga de los mecánicos y ferrocarrileros, que fue la más extensa y el núcleo de la agitación huelguística de esa primavera, fue dirigida en gran medida por militantes socialistas, y la actividad propagandística de sus dirigentes en el local del barrio de Barracas fue incansable. La caracterización de las huelgas que habían elaborado los socialistas, no obstante, implicó una cerrada negativa a generalizar el conflicto a todos los gremios, en tanto eran fuertemente críticos de la huelga general y la consideraban un mecanismo incapaz de proveer a un triunfo de las reivindicaciones obreras y proclive a favorecer los planteamientos anarquistas. La larga extensión del conflicto y su culminación con una derrota, por otra parte, contribuyó a reforzar la lectura que interpretaba a las huelgas como un mecanismo poco eficaz para los objetivos de la clase obrera.

Hacia mediados de la década de 1890, en suma, ya podía advertirse cómo se consolidaba, en el socialismo local, un planteo que combinaba un fuerte énfasis en la necesidad de que los trabajadores se organizaran en un partido propio —aun cuando se admitía que el desarrollo del capitalismo en el país era todavía incipiente— con un insistente llamado a concentrar la actividad de ese partido en torno a la llamada “lucha política”, que era entendida como sinónimo de participación electoral. La enconada lucha contra los militantes anarquistas, que disputaban a los socialistas la influencia sobre el movimiento obrero local, llevó al partido a reforzar la crítica a las huelgas y a la acción de las sociedades gremiales en el plano reivindicativo, profundizando la prédica a favor de la nacionalización de los inmigrantes y la participación electoral.

Como hemos visto, la consolidación de esta perspectiva en el seno del socialismo local no fue un proceso lineal ni exento de debates internos, aunque también es cierto que en ningún momento surgió una oposición a esta línea capaz de plantear una propuesta alternativa y de

reagrupar en torno a ella a todo un sector del partido. Luego del congreso constituyente de junio de 1896, que había representado un paso atrás para Juan B. Justo al cuestionar sus propuestas en varios aspectos centrales, comenzó un proceso lento pero sostenido a través del cual el principal dirigente del socialismo local fue recuperando posiciones.

Como ha señalado Ricardo Falcón, las medidas tomadas por la dirección del partido en torno a la nacionalización de los militantes “aparecían como una maniobra burocrática contra los socialistas de Barracas, que no se limitaban a reclamar iguales derechos partidarios para los extranjeros sino que manifestaban su oposición a otros aspectos de la política de la dirección” (Falcón, 1979). Sería en torno a este grupo, de hecho, que se formaría la fracción “colectivista” que rompió con el partido en 1898. Liderada por Francisco Cúneo y Leopoldo Lugones, que se había instalado en dicho barrio, la fracción rupturista abandonó las filas socialistas en agosto de 1898, poco antes del congreso, denunciando la discriminación contra los extranjeros y planteando que el partido había “dado muerte al movimiento económico, para formar en nombre del Socialismo un partido político cualquiera”.

En el tercer congreso, no obstante, los colectivistas reingresaron a un partido en el cual ya se consolidaba decisivamente la influencia de Justo. La vida política del socialismo local nunca estaría exenta de debates y fraccionamientos internos, que llevaron a rupturas tan importantes como la del sindicalismo revolucionario en la primera década del siglo XX o la de los socialistas internacionalistas una década más tarde: no es menos cierto, de todos modos, que sus perspectivas políticas serían sin duda dominantes en la actividad del Partido Socialista: tal como hemos mostrado en este trabajo, buena parte de la “hipótesis de Justo” se había consolidado en los años formativos de la década de 1890.

Bibliografía citada

Aricó, José (1999) *La hipótesis de Justo: escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Falcón, Ricardo (1979) “Luchas de tendencias en los primeros congresos del Partido Socialista Obrero Argentino. 1896-1900”, *Apuntes para la historia del movimiento obrero y antiimperialista latinoamericano*, año 1, número 1.

Falcón, Ricardo (2011) “Orígenes del movimiento socialista en Argentina. Prólogo. Capítulo I y II”. *Cuadernos del Ciesal*. Año 8, número 10, julio-diciembre 2011, pp 11-45.

Poy, Lucas y Daniel Gaido (2011) “Under German Eyes: German Ave-Lallemant and the Origins of Marxism in Argentina”. *Science & Society. A Journal of Marxist Thought and Analysis*. New York, vol. 75, núm. 4, pp. 480-505.

Poy, Lucas (2010) *Tu quoque trabajador? Agitación obrera en Buenos Aires (1888-1889)*, Serie Documentos de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, 2010.

Poy, Lucas (2011) “Socialismo y anarquismo en los orígenes del 1° de Mayo en Argentina (1890-1895)”, *Trabajadores. Ideologías y experiencias en el movimiento obrero. Revista de historia*. Año 1, núm. 2. Segundo semestre de 2011. Págs. 27 a 57.

Tarcus, Horacio (2007), *Marx en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.